

CONQUISTA Y PÉRDIDA DE YUCATÁN:

*la arqueología estadounidense
en el “Área Maya”
y el Estado nacional mexicano,
1875-1940*

Guillermo Palacios



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

<i>Preámbulo</i>	11
I. Los <i>Bostonians</i> y los primeros rumbos de la arqueología americanista estadounidense, c. 1875-1894.	21
La orfandad de la arqueología estadounidense y la construcción del “Área Maya”	21
Los <i>Bostonians</i>	24
Los cimientos del “Área Maya”	29
Los <i>Bostonians</i> en acción: el consulado, el museo y la “americanización” del “Área Maya”	38
El primer consulado de Thompson	44
El debut del “Área Maya”: los <i>Bostonians</i> y la exposición de Chicago	54
De la resaca de Chicago al sueño de Stephens: la pérdida del consulado y la compra de Chichén Itzá	63
II. El cónsul Thompson, 1893-1904.	73
La fiebre “maya”	73
El retorno de Thompson	80
La expedición Armour-Holmes y la recuperación del consulado	86
Las leyes de protección del patrimonio arqueológico y los primeros fisgoneos del Estado en Chichén Itzá	94
El latifundio Chichén: ¿una “estación científica” autosuficiente?	105
Llega Adela Breton	116
La fuerza de la impaciencia y las virtudes del descuido: cobranzas y esquemas de financiamiento	121
El joven Tozzer	130

Las indiscreciones de Thompson, los <i>imbroglios</i> de Bolio y la sombra de Maler	136
Las despedidas de Tozzer	150
III. El dragado del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, 1904-c. 1914.	159
El contexto del dragado	159
1904: el año del cenote o <i>Are we all of us not very wicked?</i>	161
La draga (y otras cosas) al descubierto: el Cenote Sagrado rinde.	171
La muerte de Salisbury y la visita de Justo Sierra a Chichén	183
El cenote se seca y los <i>Bostonians</i> se van	190
La crisis de 1907: un consulado apetitoso.	196
El cónsul “des-consulado”: la dimisión de Thompson . . .	204
El jaque de Maler y el disturbio revolucionario	211
IV. La Carnegie y los “pecados de los antecesores”: inicio y fin del Proyecto Chichén, 1914-1940	221
La Carnegie (y Thompson) en búsqueda de un proyecto	221
Morley y el “Proyecto Chichén”	223
Thompson de regreso a Yucatán: Chichén en venta	236
Alma Reed y la Carnegie entran al campo	246
La diplomacia arqueológica y sus enemigos	256
El fracaso de la compra de la hacienda Chichén	263
La bomba Willard: Chichén confiscada.	274
Las esquirlas de la bomba: de la pérdida de Chichén a la interdicción del Gran Cenote.	293
Pérdida y disolución: la modernidad llega a Chichén para el funeral de Thompson.	300
<i>Archivos y bibliografía.</i>	309
Archivos consultados.	309
Bibliografía.	311
<i>Galería fotográfica</i>	323

PREÁMBULO

Este trabajo pretende hacer un recuento de algunas de las expediciones arqueológicas a la península de Yucatán financiadas por fondos estadounidenses a mediados de los años ochenta del siglo XIX y hasta 1940, en particular de aquellas oriundas del área Cambridge-Boston, luego continuadas por fundaciones e institutos oficiales de Washington, D.C. El periodo abre con los inicios de la aventura arqueológica de un grupo de bostonianos en la península y cierra con la clausura del Proyecto Chichén, un ambicioso experimento multidisciplinario desarrollado por la Carnegie Institution de Washington, sobre las huellas de los antecesores, centrado en la ciudad sagrada de Chichén Itzá. El estudio compone —con ayuda de una copiosa revisión de fuentes primarias y una amplia recuperación de bibliografía especializada— un mosaico del conocimiento existente sobre el tema, también formado por investigaciones de otros colegas. Hay que advertir que la historia de Yucatán *per se* no está presente en el estudio, más allá de importantes irrupciones coyunturales sociales y políticas en la narrativa de las expediciones arqueológicas. En la segunda mitad del libro, el impacto de esas convergencias se refleja con mayor intensidad conforme el Estado nacional mexicano —obligado de mala gana por la propia realidad que se dibuja en las zonas arqueológicas peninsulares— asume cada vez más, pero en escala mínima, las funciones de vigilante del patrimonio arqueológico de la región.

Uno de los objetivos centrales de la investigación era recomponer el proceso desde el punto de vista de la participación de los actores mexicanos involucrados en la aventura arqueológica estadounidense en Yucatán; algo que no se ha hecho con la misma atención con la que se ha estudiado el papel de los arqueólogos y protoarqueólogos del país vecino y de sus patrocinadores. En efecto, tenemos una narrativa más o menos completa de la llegada, instalación y actividades de actores individuales y corporativos de Estados Unidos (y nacionales de varios países europeos) en

Yucatán, pero muy escasos estudios en profundidad sobre la participación de las autoridades, de los círculos científicos o de la “opinión pública” mexicana representada por la prensa de la época, en esos proyectos. Por esa razón, este trabajo buscó, con resultados variados, amalgamar los fragmentos referentes a la versión “del otro lado” —es decir, de *este lado*—, tanto bibliográficos como archivísticos. Ésta parecía ser una tarea imprescindible para comenzar con base firme la investigación sobre México.

La idea de este proyecto nació de la ingenua intención de revisar la historia del “saqueo” del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, sin medir las consecuencias que vendrían de la propuesta. No se hizo, por ejemplo, una comparación preventiva entre la perfecta ignorancia del autor en cuestiones de historia arqueológica y la colosal y abrumadora bibliografía mayista existente —sus contextos internacionales incluidos—, lo cual dio por resultado, además de meses de remordimiento intelectual, el tener que realizar intensas zambullidas en un “cenote” historiográfico prácticamente sin fondo. Comencé por familiarizarme con la bibliografía pertinente a la década de 1920, pues fue en su primera mitad (1923-1926) cuando estalló el escándalo en torno de las exploraciones en Chichén Itzá (particularmente, en su famoso Cenote Sagrado) del cónsul de Estados Unidos en Mérida (1885-1893) y en Progreso (1897-1907), Edward H. Thompson. La historia es conocida: el tumulto se fijó en las extracciones que Thompson habría hecho de objetos del fondo del cenote con ayuda de una primitiva draga, y de su envío clandestino a depósitos estadounidenses, en primer lugar, al Museo Peabody de la Universidad de Harvard. El estallido de la “bomba” se debió a dos espectaculares revelaciones. La primera fue obra de una joven periodista de *The New York Times*, Alma Reed, enviada por el diario en una de sus primeras misiones profesionales para reportar sobre los avances de los trabajos arqueológicos que realizaban los especialistas de la Carnegie Institution de Washington, comandados por Sylvanus G. Morley, recién instalados en la hacienda Chichén, propiedad de Thompson desde 1894. En la inteligencia manifiesta de que nada de lo dicho sería publicado el excónsul le concedió una larga entrevista a la reportera del diario neoyorquino, en la cual narraba todas sus aventuras en las selvas de la península y hacía alarde de sus hazañas de arqueólogo autodidacta, refiriéndose prominentemente a lo

que había encontrado en el fondo del cenote y enviado a Cambridge. Como era previsible, el texto de Reed sobre la entrevista de Thompson fue inmediatamente publicado con un llamativo título que aludía a los “Human Sacrifices”. El artículo abría así:

A lo largo del año, el Museo Peabody de la Universidad de Harvard anunciará oficialmente el hallazgo del tesoro maya en el fondo del Cenote Sagrado de Chichén-Itza. / El descubrimiento, aunque reconocido como el más importante en la historia de la arqueología estadounidense, ha sido un secreto cuidadosamente guardado durante más de una década.¹

Pero el verdadero pandemónium se desató tres años después, en 1926, con la aparición del libro *The City of the Sacred Well*, de T. A. Willard, amigo y confidente de Thompson, que contenía una biografía del excónsul centrada en sus años de residencia en Yucatán y describía con lujo de detalles, mucho más comprometedores que los expuestos por Reed, los trabajos del dragado del cenote y los objetos supuestamente encontrados, acompañados de fotografías que mostraban piezas de oro y plata, varios discos de cobre con representaciones de dioses, cerámicas y textiles de diversas calidades y formatos, etc.² Importantes políticos del Porfiriato tardío, como el secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, habían estado al tanto de lo que acontecía en Chichén Itzá y sólo habían interferido mínimamente en las acciones del cónsul y de su equipo.³ Sin embargo, el gobierno de Calles, al cual le cayó la bomba en el regazo, se vio obligado a proceder,

¹ Alma Reed, “The Well of the Maya’s”. El 2 de marzo, como un adelanto, el mismo diario había publicado una breve nota en la que decía que entre los objetos rescatados había “invaluables máscaras de turquesa, tallas de jade, adornos de oro y muchos otros objetos que arrojan nueva luz sobre la antigua civilización maya. Los objetos, ahora propiedad del Museo Peabody de Boston, fueron encontrados en el Cenote Sagrado, cerca de las ruinas”. *The New York Times*, 2 de marzo de 1923.

² Willard, *The City of the Sacred Well*.

³ Desde 1885 se había nombrado un “Conservador de monumentos” en Yucatán, encargado de visitar las ruinas y reportar sobre su estado. Como veremos, en 1907 el mismísimo Justo Sierra, como ministro de Instrucción Pública, visitó el sitio, donde fue recibido por el todavía cónsul, y presenciado la operación de la draga, sin levantar cualquier objeción.

aprovechando la coyuntura de intenso enfrentamiento con Washington. En el segundo semestre de 1926 la Procuraduría General de la República acusó formalmente a Thompson y al Museo Peabody de exportación y recepción ilegal de tesoros arqueológicos y confiscó la hacienda, en la cual, sin embargo, por una de esas singularidades del sistema jurídico mexicano, la Carnegie Institution continuó trabajando hasta finales de la década de 1930.⁴

La Carnegie Institution (CIW, por sus siglas en inglés) había comenzado a negociar un contrato con el gobierno mexicano para explorar Chichén Itzá en 1913, pero el proyecto tuvo que interrumpirse por dos de los cataclismos de la década: la agitación revolucionaria que sacudió a México y la Primera Guerra Mundial.⁵ Sin embargo, en 1923 la CIW volvió a la carga y una misión encabezada por el propio presidente de la institución, John C. Merriam, consiguió que la propuesta fuera aprobada por las nuevas autoridades revolucionarias en tres instancias ascendentes: la Dirección de Antropología, encabezada por Manuel Gamio, la Subsecretaría de Educación, a cargo de Ramón de Negri y, finalmente, la presidencia de la República, en manos del general Álvaro Obregón.⁶ A mediados de esa década, los representantes de la Carnegie Institution comenzaron a referirse cada vez más insistentemente al conjunto de los sitios prehispánicos distribuidos entre Honduras, Belice, El Salvador, Guatemala, Quintana Roo, Chiapas, Yucatán y Campeche, como el “Área Maya”. Era evidentemente una extrapolación conceptual, puesto que “maya” era un denominador sólo usado por los grupos indígenas de la península de Yucatán, mientras que otras colectividades se identificaban con designaciones diferentes (lacandones, tzotziles, choles, tojolabales, etc.).⁷ Lo “maya”, en su versión extendida, siempre rodeado por tonalidades “misteriosas”,

⁴ “Mexico to Attach Ex-Consul Ranch. / E. H. Thompson is Accused of Illegally Exporting Relics Now in Museum Here. / Harvard ‘An Accomplice’”. *The New York Times*, 6 de septiembre de 1926.

⁵ Givens, “Sylvanus G. Morley”.

⁶ Secretaría de Educación Pública. Departamento de Antropología. *Concesión otorgada por el gobierno mexicano a la Carnegie Institution of Washington para exploraciones arqueológicas en Chichén Itza, Yucatán*, México, Dirección Editorial de la Secretaría de Educación Pública, 1925.

⁷ Como decía acertadamente el *New York Sunday Times* del 28 de abril de 1880: “la llamada raza maya, o familia de pueblos cuyos restos están dispersos por América Central y Yucatán”.

había sido popularizado en el país del norte desde el último cuarto del siglo XIX para efectos de su proyección periodística hacia el público estadounidense. Sin embargo, la Carnegie y sus especialistas inventaron un nuevo concepto generalizante y partieron, de allí, a mitologizar —entre otras cosas— a los pueblos que cabían dentro de esa denominación.⁸ Por eso en este texto el término “maya” va generalmente entrecomillado, si bien el foco principal del estudio sea, de hecho, Yucatán. De cualquier manera, el nacimiento del “Área Maya” no fue una genial y original maniobra de Morley y sus asociados, sino que era el resultado de un trabajo de “obra negra” que había precedido a la llegada de la denominada “arqueología científica” de la CIW; una obra que había consistido no sólo en dar a conocer lo “maya” al mundo occidental, sino en situarlo en el contexto del universo estético de las antigüedades, elevarlo al nivel de las más famosas ruinas descubiertas y trabajadas por las arqueologías de las potencias europeas, y con eso darle un valor de mercado que retribuyera —en efectivo o en prestigio e influencia— la inversión hecha en los fundamentos de la edificación. Edificación puesta al servicio de la conformación de la arqueología y la antropología profesionales en los museos y en las grandes universidades estadounidenses, realizadas por un grupo de anticuarios-filántropos-coleccionistas de buenas poses, a los que llamaré por economía los *Bostonians* (concepto tomado con las debidas reverencias y cambio de género del título utilizado por Henry James), integrantes del “Área Boston”, categoría compuesta por la ciudad del mismo nombre y también por Worcester y Cambridge, y más en la distancia y por un corto periodo, Salem; todas ciudades del estado de Massachussets, tronco de la aristocracia y del buen pensar estadounidenses.

Así, a lo largo de la investigación y en los márgenes de la narrativa, se fue haciendo necesario investigar la construcción

⁸ La idea de la “invención” de lo “maya” ya fue explorada a mediados de los años noventa del siglo XX en Castañeda, *In the Museum*. Sin embargo, el autor orienta su idea hacia el impacto de la antropología en la creación de la industria del turismo por medio del invento de un “museo virtual” dedicado a una hipotética cultura “maya” en Chichén Itzá y no, como se pretende en este texto, a crear el marco institucional y empírico para el crecimiento de la “arqueología” en Estados Unidos. Para el proceso de mitologización, véase Evans, *Romancing the Maya*.